

JUAN PALOMO.

Reg 468



SEMANARIO

SATIRICO Y LITERARIO

CON CARICATURAS DE LANDALUZE.



TOMO TERCERO.

COMPRENDE DE ENERO Á DICIEMBRE DE 1872.

HABANA.

IMPRESA.—LA PROPAGANDA LITERARIA.—LIBRERIA.

CALLE DE O'REILLY, NUMERO 54.

1872.

Ayuntamiento de Madrid

INDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE ESTE TERCER TOMO.

Número 1º

Menestra semanal, por Juan Palomo.—Año nuevo, por Juan Perez.—La entrevista, por Juan de Austria.—La cuca, por Manuel del Palacio.—Boceto á la pluma de E. Blasco, por Julio Nombela.—Epístolas: de Nueva York, por John Bull; de Madrid, por M. Hiraldez de Acosta.—Juicio del año, (poesía), por Juan de las Viñas.—El petróleo, por Juan Cualquiera.—Sartenazos.—Advertencias.—Caricaturas, por Don Junipero y Ortego.

Número 2.

Menestra semanal, por Juan Palomo.—Hi...meno, por Juan de Austria.—Frituras, por Juan de Juanes.—Boceto á la pluma de Julio Janin, por Juan Cualquiera.—Las dos barajas (continuación), por Juan Sin-Tierra.—Epístolas: de Nueva York, por John Bull; de Méjico, por Juan Pauline; de Puerto Rico, por Juanito.—Misericordia! (poesía), por Juan de las Viñas.—Cartas teatrales, por Juan Particular.—Sartenazos.—Geroglífico.—Charada.—Boletín bibliográfico.—Caricaturas, por Don Junipero.

Número 3.

Menestra semanal, por Juan Palomo.—Mr. Sickles y Mr. Fish, por Juan Perez.—A caza voy.... por Juan de Austria.—Frituras, por Juan de Juanes.—Boceto á la pluma de don Estanislao Figueras, por Juan Diente.—Epístolas: de Nueva York, por John Bull; de Madrid, por M. Hiraldez de Acosta.—Cartas teatrales, por Juan Particular.—Sartenazos.—Caricaturas, por Don Junipero y Ricord.

Número 4.

Menestra semanal, por Juan Palomo.—Don Fermín, por Juan Perez.—Aguilardas, por John Bull.—Frituras, por Juan de Juanes.—Las dos barajas (continuación), por Juan Sin-Tierra.—Un paseo á "Cuba libre" (poesía), por Juan el Flaco.—Epístola de Nueva York, por John Bull.—Boceto á la pluma de don Cándido Nocedal, por Juan Cualquiera.—Cancaneo (poesía), por Juan de las Viñas.—Cartas teatrales, por Juan Particular.—Sartenazos.—Geroglífico.—Boletín bibliográfico.—Caricaturas, por Don Junipero.

Número 5.

Menestra semanal, por Juan Palomo.—Las tres caras, por Juan Perez.—¿Sirvo? por Juan de Austria.—En el segundo aniversario de Gonzalo Castañon (poesía), por Saturnino Martinez.—Las dos barajas (continuación), por Juan Sin-Tierra.—Epístolas: de Nueva York, por John Bull; de Madrid, por Manuel Hiraldez de Acosta.—Mr. Cox (poesía), por Juan de las Viñas.—Cartas teatrales, por Juan Particular.—Sartenazos.—Caricaturas, por Don Junipero y Ortego.

Número 6.

Menestra semanal, por Juan Palomo.—¡Viva el Carnaval, por Juan Perez.—Nuevo difraz, por Juan Diente.—Frituras, por Juan de Juanes.—Las dos barajas (continuación), por Juan Sin-Tierra.—Epístola de Puerto-Rico, por Juanito.—Viaje de recreo, por Juan Centellas.—A disfrazarse, (poesía), por Juan de las Viñas.—Cartas teatrales, por Juan Particular.—A JUAN PALOMO, (poesía), por Crispin.—Sartenazos.—Geroglífico.—Advertencias.—Caricaturas, por Don Junipero.

Número 7.

Menestra semanal, por Juan Palomo.—La ceniza en la frente, por Juan Perez.—Todo está arreglado....! por Juan de Austria.—Frituras, por Juan de Juanes.—Charada recitada para representar en los salones, por John Bull.—Epístola de Nueva York, por John Bull.—Las dos barajas (continuación), por Juan Sin-Tierra.—Cartas teatrales, por Juan Particular.—Sartenazos.—Caricaturas, por Don Junipero y Ortego.

Número 8.

Menestra semanal, por Juan Palomo.—Actualidades, por Juan Perez.—Arrogante moro estás! por Juan de Austria.—Las dos barajas (continuación), por Juan Sin-Tierra.—Epístolas: de Nueva York, por John Bull; de Madrid, por M. Hiraldez de Acosta.—Boceto á la pluma de don Cristóbal Martin de Herrera, por Juan Cualquiera.—Cartas teatrales, por Juan Particular.—Sartenazos.—Advertencias.—Geroglífico.—Ilustraciones: Retrato de S. A. I. el Gran Duque Alejo Alejandrowich, por Cisneros.—Caricaturas, por Don Junipero.

Número 9.

Menestra semanal, por Juan Palomo.—Por atun y ver al Duque, por Juan de Austria.—Frituras, por Juan de Juanes.—La casaca prieta, por Juan Soldado.—Las dos barajas (continuación), por Juan Sin-Tierra.—Epístola de Nueva York, por John Bull.—Cartas teatrales, por Juan Particular.—Sartenazos.—Advertencias.—Anuncios.—Caricaturas, por Don Junipero.

Número 10.

Menestra semanal, por Juan Palomo.—Mareo, por Juan Perez.—Misterios del tocador.... (y no de guitarra), por Juan de Austria.—Al autor de sus días (poesía), por Juan de las Viñas.—Epístolas: de Nueva York, por John Bull; de Madrid, por M. Hiraldez de Acosta.—¡Cuerno! (poesía), por Juan Diente.—Sartenazos.—Geroglífico.—Ilustraciones.—Caricaturas, por Don Junipero.—Baile en la fragata Geron y despedida del Principe Alejo, por Cisneros.

Número 11.

Menestra semanal, por Juan Palomo.—Los hombres insignificantes, por Juan Perez.—Boceto á la pluma de Gaspar Nuñez de Arce, por Julio Nombela.—Las dos barajas (continuación), por Juan Sin-Tierra.—Pensamientos, por Juan de Juanes.—Epístolas: de Nueva York, por John Bull; de Puerto Rico, por Juanito; de Paris, por L. V. P.—Cartas teatrales, por Juan Particular.—Sartenazos.—Anuncios.—Caricaturas, por Don Junipero.

Número 12.

Menestra semanal, por Juan Palomo.—El hombre pone... por Juan Perez.—Frituras, por Juan de Juanes.—¡El Infausto! por Juan de Austria.—Boceto á la pluma de Romero Robledo, por Juan Diente.—Cartas teatrales, por Juan Particular.—Epístolas: de Nueva York, por John Bull; de Londres, por M. Hiraldez de Acosta; de Puerto-Rico, por Juanito.—La historia de muchas cartas (poesía), por R. de Campoamor.—La muerte del oro (poesía), por Palacio.—Sartenazos.—Caricaturas, por Don Junipero y Ortego.

Número 13.

Menestra semanal, por Juan Palomo.—Amor, sublime amor, por Juan Perez.—Frituras, por Juan de Juanes.—Boceto á la pluma de D. Juan Eugenio Hartzenbusch, por Juan Cualquiera.—Entre España y Cubita, por Juan de Austria.—Epístolas: de Nueva York, por John Bull; de Madrid, por Eusebio Blasco.—Por la boca muere el pez (poesía), por Arturo Cuyás Armengol.—Gloria in excelsis (poesía), por Juan Camama.—Sartenazos.—Geroglífico.—Anuncios.—Caricaturas, por Don Junipero y Ortego.

Número 14.

Menestra semanal, por Juan Palomo.—Armonías políticas, por Juan Perez.—La loma de la Cruz, por Juan de las Viñas.—Boceto á la pluma de D. Carlos Navarro y Rodrigo, por Julio Nombela.—Los besos, por Juan Cualquiera.—Epístolas: de Nueva York, por John Bull; de Madrid, por Eusebio Blasco; de Puerto Rico, por Juanito.—El Chavalillo, cuento de manigua, por Juan Sin-Tierra.—Sartenazos.—Geroglífico.—Boletín bibliográfico.—Caricaturas, por Don Junipero.

Número 15.

Menestra semanal, por Juan Palomo.—Consuelo, por Juan Perez.—Un hombre elevado, por Juan de Austria.—Boceto á la pluma de José Selgas, por Julio Nombela.—La historia de muchas cartas (poesía), por R. de Campoamor.—Epístolas: de Nueva York, por John Bull; de Madrid, por M. Hiraldez de Acosta.—El Chavalillo, por Juan Sin-Tierra.—Cartas teatrales, por Juan Particular.—Sartenazos.—Caricaturas, por Don Junipero y Ortego.

Número 16.

Menestra semanal, por Juan Palomo.—Al borde del precipicio, por Juan Perez.—Feliz viaje, por Juan de Austria.—Un hallazgo, por Juan Soldado.—El Chavalillo, (continuación), por Juan Sin-Tierra.—Epístolas: de Nueva York, por John Bull; de Madrid, por M. Hiraldez de Acosta; de Puerto Rico, por Juanito.—Monumentos literarios, por Eusebio Blasco.—Hambre de maestro de escuela (poesía), por Juan de las Viñas.—Sartenazos.—Geroglífico.—Caricaturas, por Don Junipero.

Número 17.

Menestra semanal, por Juan Palomo.—¡Día feliz! por Juan Perez.—¡Dios es misericordioso! por Juan de Austria.—La mala sombra, por Juan Centellas.—Del casero y otros excesos, por Juan Diente.—A la verdad (poesía), por Juan Perez.—Epístola de Madrid, por Eusebio Blasco.—Boceto á la pluma de D. Ramon Campoamor, por Julio Nombela.—El Chavalillo, (continuación), por Juan Sin-Tierra.—¿Tendré yo cara de mentecato? (poesía), por Juan Asecas.—Sartenazos.—Caricaturas, por Don Junipero y Ortego.

Número 18.

Menestra semanal, por Juan Palomo.—Compromiso, por Juan Perez.—Boceto á la pluma de Mazzini, por Juan Cualquiera.—El Chavalillo, (continuación), por Juan Sin-Tierra.—A Miguel de Cervantes Saavedra (poesía), por A. Cuyás Armengol.—Epístolas: de Nueva York, por John Bull; de Madrid, por Eusebio Blasco.—El disfrazado (poesía), por Juan de las Viñas.—Sartenazos.—Geroglífico.—Anuncios.—Caricaturas, por Don Junipero.

Número 19.

Menestra semanal, por Juan Palomo.—¡La ganga!, por Juan Perez.—Frituras, por Juan de Juanes.—El Chavalillo, (continuación), por Juan Sin-Tierra.—Fotografías teatrales, (poesía), por Juan Centellas.—Epístolas: de Nueva York, por John Bull; de Madrid, por M. Hiraldez de Acosta; de Puerto Rico, por Juanito; de Madrid, por Eusebio Blasco.—Cuentas claras (poesía), por Juan Perez.—Sartenazos.—Geroglífico.—Boletín bibliográfico.—Caricaturas, por Don Junipero.

Número 20.

Menestra semanal, por Juan Palomo.—Mis vecinos, por Juan Perez.—Boceto á la pluma del general Banks, por Juan Diente.—El Chavalillo, (continuación), por Juan Sin-Tierra.—Epístola de Nueva York, por John Bull.—La cartera de un carlista, por Juan de Austria.—Al buen entendedor... (poesía), por Juan Perez.—La vieja verde, por Juana de Arco.—Sartenazos.—Geroglífico.—Boletín bibliográfico.—Caricaturas, por Don Junipero.

Número 21.

Menestra semanal, por Juan Palomo.—Génio y figura, por Juan Perez.—Frituras, por Juan de Juanes.—Historia de un hombre político, por Juan de Austria.—El Chavalillo, (continuación), por Juan Sin-Tierra.—Soneto, por A. Piedra.—Epístolas: de Nueva York, por John Bull; de Madrid, por Eusebio Blasco; de Puerto Rico, por Juanito.—Adelantos, por Juan Diente.—Cuento (poesía), por Juan Perez.—Sartenazos.—Geroglífico.—Charada.—Boletín bibliográfico.—Caricaturas, por Don Junipero.

Número 22.

Menestra semanal, por Juan Palomo.—Impresiones, por Juan Perez.—Frituras, por Juan de Juanes.—The Kausas, por Juan Diente.—El Chavalillo (continuación), por Juan Sin-Tierra.—Epístolas: de Nueva York, por John Bull; de Madrid, por M. Hiraldez de Acosta.—Entre pájaros, por Juan de Austria.—De noche y de puertas adentro, por Juan Tenazas.—Sartenazos.—Anuncios.—Caricaturas, por Don Junipero y Ortego.

Número 23.

Menestra semanal, por Juan Palomo.—No hay mal... por Juan Perez.—Frituras, por Juan de Juanes.—Carta en verso, por R. G. y Santisteban.—El Chavalillo (continuación), por Juan Sin-Tierra.—Fotografías teatrales [poesía], por Juan Centellas.—Epístolas: de Nueva York, por John Bull; de Madrid, por Eusebio Blasco.—Boceto á la pluma de Carlos VII, por Juan Cualquiera.—Cartas teatrales, por Juan Particular.—Sartenazos.—Geroglífico.—Boletín bibliográfico.—Caricaturas, por Don Junipero.

Número 24.

Menestra semanal, por Juan Palomo.—Guayabas del Perú, por Juan Perez.—Saludos y cumplimientos, por Rafael García y Santisteban.—Una lágrima, un suspiro y un puchero, por Juan Camama.—El Chavalillo (continuación), por Juan Sin-Tierra.—Epístolas: de Nueva York, por John Bull; de Madrid, por M. Hiraldez de Acosta.—Los baños, por Juan de Austria.—Cartas teatrales, por Juan Particular.—Sartenazos.—Geroglífico.—Boletín bibliográfico.—Caricaturas, por Don Junipero.

Número 25.

Felicitaciones telegráficas.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Los prodigios de San Juan, por Juan Perez.—Una Juana y dos Juanes (poesía), por Juan Diente.—El Chavalillo (continuación), por Juan Sin-Tierra.—Epístolas: de Nueva York, por John Bull; de Madrid, por Eusebio Blasco; de Puerto Rico, por Juanito.—A Juan Palomo (poesía), por Juan Perez.—Sartenazos.—Anuncio.—Caricaturas, por Don Junipero.—Retratos de la señora Santos Rodriguez y el señor Guerra, por Cisneros.

Número 26.

Menestra semanal, por Juan Palomo.—Tascar el freno, por Juan Camama.—Armonías políticas, por Juan Perez.—Frituras, por Juan de Juanes.—La peseta falsa, por Juan Centellas.—Cancanes carlistas [poesía], por Juan de las Viñas.—Epístolas: de Nueva York, por John Bull; de Madrid, por M. Hiraldez de Acosta.—El Chavalillo [continuación], por Juan Sin-Tierra.—Sartenazos.—Geroglífico.—Boletín bibliográfico.—Caricaturas, por Don Junipero.—Retrato del Ministro de Ultramar, por Cisneros.

Número 27.

Menestra semanal, por Juan Palomo.—Armonías políticas, por Juan Perez.—Una tempestad bajo un cráneo, por Juan de Austria.—La oración de Inés [poesía], por José Alcalá Galiano.—Boceto á la pluma de D. Eduardo Gasset y Artime, por Juan Cualquiera.—Cantares [poesía], por Rafael de Medina.—Epístolas: de Boston, por John Bull; de Madrid, por Eusebio Blasco; de Puerto Rico, por Juanito; de Madrid, por Enrique Tamberlick.—El Chavalillo [continuación], por Juan Sin-Tierra.—Sartenazos.—Boletín bibliográfico.—Caricaturas, por Don Junipero.

Número 28.

Menestra semanal, por Juan Palomo.—Un quidam, por Juan Perez.—Frituras, por Juan de Juanes.—Boceto á la pluma de James Gordon Bennet, por Juan Cualquiera.—El Chavalillo [continuación], por Juan Sin-Tierra.—Epístola de Niágara Falls, por John Bull.—Dos chasquidos y un camelo, por Juan de Austria.—Juan y Pedro [poesía], por Juan Perez.—Sartenazos.—Geroglífico.—Boletín bibliográfico.—Caricaturas, por Don Junipero.

Número 29.

Menestra semanal, por Juan Palomo.—¡Música! ¡Música! por Juan Perez.—Doña Frescura! por Juan de Austria.—Boceto á la pluma de Cristino Martos, por Juan Cualquiera.—Carta á Juan Perez, por Juan y Medio.—Epístolas: de Newport [Rhode Island], por John Bull; de Madrid, por Eusebio Blasco.—El Chavalillo [continuación], por Juan Sin-Tierra.—En el álbum de mi amigo Cortázar, por Juan Perez.—Sartenazos.—Geroglífico.—Anuncio.—Ilustraciones: primera plana, por Landaluz; segunda idem, por Cisneros.

Número 30.

Protesta, por la Redacción.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Armonías políticas, por Juan Perez.—¡Más bobos que el de Coria! por Juan de Austria.—Boceto á la pluma de D. Mariano Cáncio Villamil, por Juan Cualquiera.—Un conservador de tomo y lomo (poesía), por José Alcalá Galiano.—El Chavalillo [continuación], por Juan Sin-Tierra.—Artículo de artículos, por José de Castro y Serrano.—Al son que me tocan bailo (poesía), por A. García Tejero.—Sartenazos.—Geroglífico.—Boletín bibliográfico.—Caricaturas, por Don Junípero.

Número 31.

Menestra semanal, por Juan Palomo.—Armonías políticas, por Juan Perez.—Frituras, por Juan de Juanes.—Boceto á la pluma de Benito Juárez, por Juan Cualquiera.—El aparecido, por Juan de Austria.—Epístola de Newport, por John Bull.—La rueda de la fortuna, por Robustiana Armijo de Cuesta.—El Chavalillo [continuación], por Juan Sin-Tierra.—Una soirée en Marianao, por Juan Particular.—Sartenazos.—Geroglífico.—Boletín bibliográfico.—Caricaturas, por Don Junípero.

Número 32.

Menestra semanal, por Juan Palomo.—Un camelo monumental, por Juan Cualquiera.—Frituras, por Juan de Juanes.—Una chupada reparadora, por Juan Palomo.—Galería de señoras, por Eusebio Blasco.—Epístolas: de Nueva York, por John Bull; de Madrid, por Juan Sustituto.—El Chavalillo [continuación], por Juan Sin-Tierra.—Sartenazos.—Geroglífico.—Advertencias.—Caricaturas, por Don Junípero.

Número 33.

Menestra semanal, por Juan Palomo.—Armonías políticas, por Juan Perez.—Frituras, por Juan de Juanes.—Boceto á la pluma de Romeo Dionesi, por Juan Cualquiera.—Un nuevo Livingstone, por Juan de Austria.—Epístolas: de Glen Cove, por John Bull; de Puerto Rico, por Juanito.—El Chavalillo [continuación], por Juan Sin-Tierra.—Sartenazos.—Geroglífico.—Boletín bibliográfico.—Ilustraciones: Primera plana, por Landaluz; segunda idem, por Cisneros.

Número 34.

Menestra semanal, por Juan Palomo.—Hacer propaganda, por Juan de Austria.—Frituras, por Juan de Juanes.—El Chavalillo [continuación], por Juan Sin-Tierra.—Armonías políticas (poesía), por Juan Perez.—Epístolas: de Saratoga, por John Bull; de Madrid, por Manuel del Palacio.—Galería de señoras, por Eusebio Blasco.—Sartenazos.—Geroglífico.—Anuncios.—Caricaturas, por Don Junípero y Ortega.

Número 35.

Menestra semanal, por Juan Palomo.—Armonías puertorriqueñas, por Juan Perez.—Frituras, por Juan de Juanes.—El Chavalillo [continuación], por Juan Sin-Tierra.—El que no te conozca (poesía), por Juan Camama.—Epístola de Saratoga, por John Bull.—Boceto á la pluma de D. Eugenio Montero Ríos.—El Secretario particular del Ministro, por Juan Cualquiera.—Sartenazos.—Geroglífico.—Boletín bibliográfico.—Caricaturas, por Don Junípero.—Modelo de una escribanía regalada á D. Carlos Navarro y Rodrigo, por Cisneros.

Número 36.

Menestra semanal, por Juan Palomo.—Juicio de la prensa sobre la huelga cocheril, por Juan Diente.—Frituras, por Juan de Juanes.—Boceto á la pluma de Luis Rivera, por Gil Blas.—El Chavalillo [continuación], por Juan Sin-Tierra.

ra.—Epístolas: de Lake George, por John Bull; de Madrid, por Eusebio Blasco.—Mis creencias, por L. Lustonó.—Sartenazos.—Geroglífico.—Boletín bibliográfico.—Caricaturas, por Don Junípero.

Número 37.

Menestra semanal, por Juan Palomo.—La trinidad non sancta, por Juan Perez.—Frituras, por Juan de Juanes.—España en Méjico, por Juan Centellas.—A un ciudadano, por J. Matoses.—El Chavalillo [continuación], por Juan Sin-Tierra.—Epístola de Montreal (Canadá), por John Bull.—La suripanta, por Eusebio Blasco.—El sistema represivo, por E. D.—Sartenazos.—Geroglífico.—Advertencias.—Anuncio.—Caricaturas, por Don Junípero.—Vista del cementerio de Matanzas, por Cisneros.

Número 38.

Menestra semanal, por Juan Palomo.—Hablemos de la deuda, por Juan Jacobo.—A ver venir, por Juan Perez.—Frituras, por Juan de Juanes.—Mari-Castaña, por Mariano Ramiro.—Allá van, por Juan de Austria.—Epístolas: de Lake Mahopac, por John Bull; de Madrid, por Juan Sustituto.—Sartenazos.—Geroglífico.—Boletín bibliográfico.—Caricaturas, por Don Junípero.

Número 39.

Anuncios.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Mi cuarto á espadas, por Juan Perez.—Frituras, por Juan de Juanes.—Mari-Castaña, por Mariano Ramiro.—Epístola de Nueva York, por John Bull.—El Chavalillo [continuación], por Juan Sin-Tierra.—A la trocha! (poesía), por Juan de Austria.—Tipos y topos, por Juan Cualquiera.—Sartenazos.—Geroglífico.—Caricaturas, por Don Junípero.

Número 40.

Menestra semanal, por Juan Palomo.—Suma y sigue, por Juan Jacobo.—Curso de historia, por Juan Perez.—Frituras, por Juan de Juanes.—Simplezas y barbaridades, por Juan de Austria.—Epístolas: de Nueva York, por John Bull; de Madrid, por Eusebio Blasco.—A estudiar, por Juan Diente.—El Chavalillo [continuación], por Juan Sin-Tierra.—Una cana al aire [poesía], por Juan de las Viñas.—Sartenazos.—Geroglífico.—Caricaturas, por Don Junípero.

Número 41.

Menestra semanal, por Juan Palomo.—Actualidades, por Juan Perez.—Frituras, por Juan de Juanes.—El otoño, por Juan de Austria.—El Chavalillo [continuación], por Juan Sin-Tierra.—Epístolas: de Nueva York, por John Bull; de Nueva Paz, por Juan Berraco.—Apuntes [poesía], por Eusebio Blasco.—Revoltillo teatral, por Juan Particular.—Sartenazos.—Boletín bibliográfico.—Caricaturas, por Don Junípero.

Número 42.

Menestra semanal, por Juan Palomo.—Justicia seca, por Juan Jacobo.—Actualidades, por Juan Perez.—Frituras, por Juan de Juanes.—Boceto á la pluma del emperador de la China, por Juan Diente.—Epístolas: de Nueva York, por John Bull; de Méjico, por Juan Paulino.—Revoltillo teatral, por Juan Particular.—Sartenazos.—Advertencias.—Geroglífico.—Boletín bibliográfico.—Caricaturas, por Don Junípero.

Número 43.

Menestra semanal, por Juan Palomo.—Actualidades, por Juan Perez.—El Chavalillo [continuación], por Juan Sin-Tierra.—Mari-Castaña, por Mariano Ramiro.—Epístolas: de Madrid, por Eusebio Blasco; de Nueva Paz, por Juan Berraco.—Tipos y topos, por Juan Cualquiera.—Revoltillo teatral, por Juan Particular.—Tres cuentos [poesía], por Juan de las Viñas.—Sartenazos.—Advertencia.—Geroglífico.—Boletín bibliográfico.—Caricaturas, por Don Junípero.

Número 44.

Epitafios.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Aficiones, por Juan Perez.—Boceto á la pluma del general Pierad, por Juan Diente.—Revoltillo teatral, por Juan Particular.—Epístola de Nueva York, por John Bull.—El Chavalillo [continuación], por Juan Sin-Tierra.—Galería de señoras, por Eusebio Blasco.—Sartenazos.—Geroglífico.—Boletín bibliográfico.—Caricaturas, por Don Junípero.

Número 45.

Menestra semanal, por Juan Palomo.—Actualidades, por Juan Perez.—Frituras, por Juan de Juanes.—A Díaz Quintero [poesía], por Rafael Villa.—El Chavalillo [continuación], por Juan Sin-Tierra.—Epístolas: de Nueva York, por John Bull; de Madrid, por Eusebio Blasco.—El jaleo americano, por Juan Cualquiera.—Revoltillo teatral, por Juan Particular.—Sartenazos.—Geroglífico.—Boletín bibliográfico.—Caricaturas, por Don Junípero.

Número 46.

Menestra semanal, por Juan Palomo.—Actualidades, por Juan Perez.—Frituras, por Juan de Juanes.—Boceto á la pluma de Théophile Gautier.—El Chavalillo [continuación], por Juan Sin-Tierra.—Epístola de Nueva Paz, por Juan Berraco.—La espectáculo-manía, por el señor Pepe.—Revoltillo teatral, por Juan Particular.—Sartenazos.—Advertencias.—Anuncios.—Caricaturas, por Don Junípero, Cisneros y Ortega.

Número 47.

Menestra semanal, por Juan Palomo.—Actualidades, por Juan Perez.—Justicia radical, por Juan Jacobo.—Frituras, por Juan de Juanes.—El Chavalillo [continuación], por Juan Sin-Tierra.—Angustias de una beata (poesía), por L. Casamayor.—Epístola de Madrid, por Eusebio Blasco.—Tipos y topos, por Juan Cualquiera.—Revoltillo teatral, por Juan Particular.—Sartenazos.—Geroglífico.—Boletín bibliográfico.—Caricaturas, por Don Junípero.

Número 48.

Menestra semanal, por Juan Palomo.—Noticia fresca, por Juan Perez.—Más agua y menos fango, por Juan de Austria.—Frituras, por Juan de Juanes.—No más carreras, por Eusebio Blasco.—Epístola de Nueva York, por John Bull.—El Chavalillo [continuación], por Juan Sin-Tierra.—Revoltillo teatral, por Juan Particular.—Sartenazos.—Boletín bibliográfico.—Caricaturas, por Don Junípero y Cisneros.

Número 49.

Menestra semanal, por Juan Palomo.—Truenos, por Juan Perez.—Frituras, por Juan de Juanes.—El Chavalillo [continuación], por Juan Sin-Tierra.—A los voluntarios de Cuba [poesía], por I. Guasp.—Epístola de Méjico, por Juan Cachumiku.—El mineral de catorce, por Jose T. de Cuéllar.—Galería de señoras, La Solterona, por Manuel de Hano.—Revoltillo teatral, por Juan Particular.—Sartenazos.—Geroglífico.—Caricaturas, por Don Junípero y Cisneros.

Número 50.

Menestra semanal, por Juan Palomo.—Tiempo pasado, por Juan Perez.—Frituras, por Juan de Juanes.—Muy en serio.—Lamentaciones [poesía], por P. M. Barrera.—Epístolas: de Nueva York, por John Bull; de Madrid, por Eusebio Blasco.—Cuéllar en la Habana, por Manuel de Austria.—Documento notable.—Revoltillo teatral, por Juan Particular.—Despedida de Cuéllar.—De cómo se ganaban las elecciones, por Juan Cualquiera.—Sartenazos.—Geroglífico.—Caricaturas, por Don Junípero.

Número 51.

Menestra semanal, por Juan Palomo.—Noche Buena, por Juan Perez.—Frituras, por Juan de Juanes.—El viento del Norte frío [poesía], por Ventura Ruiz Aguilera.—La cuestión palpitante, por Juan de Austria.—Tipos y topos, por M. Matoses.—Epístola de Nueva York, por John Bull.—El Chavalillo [continuación], por Juan Sin-Tierra.—Revoltillo teatral, por Juan Particular.—Inauguración del ferrocarril mejicano.—Sartenazos.—Geroglífico.—Boletín bibliográfico.—Caricaturas, por Don Junípero.

Número 52.

Menestra semanal, por Juan Perez.—Ecos de Londres, por Juan Diente.—Micelánea política, por Juan de Austria.—Testamento de 1873 [poesía], por Juan Centellas.—El fá-tuo, por Juana de Asco.—Letrilla [poesía], por Juan Berraco.—Documento notable.—Epístolas: de Nueva York, por John Bull; de Madrid, por Eusebio Blasco.—Revoltillo teatral, por Juan Particular.—¡Hambre! [poesía], por E. B.—Sartenazos.—Advertencias.—Anuncios.—Caricaturas, por Don Junípero.



REDACCION Y ADMINISTRACION:
O'Reilly, 54, entre Habana y Compostela.

SATÍRICO Y LITERARIO.

DIBUJANTE CARICATURISTA:
Victor P. de Landaluze (D. Junípero).

Año III.

PRECIOS DE SUSCRICION EN LA HABANA
Un mes.....\$ 1,, Un año.....\$ 10,,
Seis meses.....\$ 5-25 Núm. suelto.....\$ 25

Habana 7 de Enero de 1872.

PRECIOS DE SUSCRICION EN INTERIOR.
Tres meses.....\$ 3-75 Un año.....\$ 12-75
Seis meses.....\$ 7,, Núm. suelto.....\$ 30

Núm. 1°

SUMARIO:

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Año nuevo, por Juan Perez.—La entrevista, por Juan de Austria.—La cuca, por Manuel del Palacio.—Boceto á la pluma de E. Blasco, por Julio Nombela.—Epístolas á JUAN PALOMO: de Nueva York, por Jhon Bull; de Madrid, por M. Hiraldez de Acosta.—Juicio del año (poesía), por Juan de las Viñas.—El petróleo, por Juan Cualquiera.—Sartenazos.—Advertencias.
CARICATURAS.—Por Don Junípero.

MENESTRA SEMANAL.



la par de Dios, caballeros!

Acabamos de tragarnos un año más, como quien no quiere la cosa: con apetito devorador engullimos días y más días, meses y meses, sin temer á las indigestiones, y cuidando que el tiempo es lo que más se indigesta!

Parece, al pronto, que lo dijimos bien; pero hoy una arruguita nueva y flamante en la frente, mañana un rabito más en la pata de gallo del ojo derecho, el otro una cana que asoma en la cabeza indiscretamente, la semana entrante una muela que se cae, el mes próximo una pierna que flaquea, todo viene á indicar que la indigestion avanza y que dará por resultado un trueno gordo.

Y sin embargo, seguimos tragando y nos hemos escondido ya en el estómago la píldora número 71 de la receta conocida con el nombre de siglo XIX.

Me parece buen tema el que he empezado, y seguiré, por lo mismo, hablando de los que se ponen viejos y de los que permanecen jóvenes, á despecho de los años, que pasan y se van desesperados porque no pueden hacer mella en estas individualidades.

Allá en mi pueblo (yo me permito el lujo de tener un pueblo donde he nacido) había un labrador, cuya esposa era de bastante más edad que él.

—Oye, Sebastian, le dijo cierto día un curioso: ¿cuántos años te lleva tu mujer?

—Mire usted, cuando nos casamos tenía diez años más que yo, y diez que hace que nos casamos, son veinte años los que tiene más; contestó el buen hombre con toda la candidez de un campesino, que no conoce aún *La Internacional*, ni el *amor libre*, ni otras muchas conquistas del siglo, que indudablemente harían la felicidad del género humano si junto con ellas viniera un premio gordo de la lotería para cada individuo.

Diez años que tenía cuando nos casamos y diez que han transcurrido desde entonces, total, veinte años más: cuenta redonda.

Pero ¡ay! que encuentro el espíritu del labrador de mi pueblo metido en la muy noble, empingorotada y baqueteada persona del señor Manolo de los Céspedes y otras yerbas, primer salvador de patrias del género *bufo*; caudillo inimitable, y guerrero al estilo de las cucarachas, porque vive entre las grietas, para que no lo vean.

Se casó con la *república de Cuba*: esta señora se ha ido poniendo vieja, deteriorada, mugrienta, pero él sigue tan terne y tan guapo mozo como el 10 de Octubre de 1868.

¡Ole con ole con ole! ¡chipé!

Lo que acabo de decir necesita una explicacion, pero la dejo para otro párrafo, porque conviene tomar resuello.

Pueden ustedes llenar este intermedio con un poca de música celestial.

Andando!

Cándido, como borrico que todavía no ha sentido los impulsos del amor; puro, como tabaco de á dos por un *medio*, sencillo como real *idem* que se debe y no se paga; incáuto como ratoncillo en su primera excursion nocturna; inocente como *guano* de nido; así era Carlos Manuel el 10 de Octubre de 1868, y así se nos presentó en su primer manifiesto al país.... de sus ilusiones ó de su abanico: á elegir.

Cándido, puro, sencillo, incáuto, inocente, se nos presenta ahora en dos nuevas proclamas que *La Revolucion* nos trasmite y que son las últimas señales de vida que ha dado el hombre *cucaracha*, aficionado como este animalito á vivir oculto entre las grietas.

¡Con qué poesía infantil pinta el estado de la insurreccion!

Oigámonle conmovidos: mojen ustedes el dedo meñique en agua y aplíquense la punta á los ojos para que deje unas gotitas que se asemejen á lágrimas.

Eso es; ya parecemos todos viudas inconsolables.... hasta cierto punto.

Atencion ahora:

“La primavera ha fecundado ya y hecho fructificar de nuevo nuestros campos.”

¿La primavera está en la insurreccion? Que le embarguen los bienes, y si la pillan, que la fusilen. ¿No es eso?

Que los españoles no hemos cumplido nuestro propósito, dice con tono campanudo y añade para probarlo:

“Allí donde más empeño ha puesto el español para dominarnos: allí donde ha tratado de destruir cosecha por cosecha, árbol por árbol, y animal por animal....” ¡Oh! siento decirlo! me duele por mis compatriotas, pero Carlos de Céspedes tiene razon. No hemos cumplido nuestro propósito.... “animal por animal” queríamos destruir, y aún vive Céspedes para hacer pública nuestra impotencia.

Punto y aparte y como noticia suelta.

Se han recibido últimamente noticias de Emilia Casanova y otras *suripantas*, y todas siguen bien y sin deterioro visible.

¡Oh!.... animal por animal....! tiene razon el presidente: permita usted que haga uso de un cacho de desesperacion más que regular.

Estoy haciendo mis preparativos para desesperarme, y por eso tengo que saltar ó otro párrafo.

Y á otro asunto, porque estoy tan conmovido que temo un desencuadernamiento general en mi persona si continúo enterándome de la proclama de Céspedes.

Pero tengo á la vista una carta de la Habana que publica *La Revolucion*.

¡Cruel corresponsal de *La Revolucion*, nos has vendido! has descubierto nuestro crimen!

Maledetto! Aquí conviene un do de pecho de los más morrocotudos.

Oh!

Hace ya público el corresponsal lo que era un misterio impenetrable: que el Casino Español de la Habana ha sido el asesino de Prim, segun resulta de la causa.

¿Quién nos ha vendido? ¿Quién ha revelado ese terrible secreto? Entre nosotros hay un Judas; preciso es que lo descubramos ó que renunciemos á vivir.

¡Buen principio de año tenemos haciéndose público nuestro crimen! el crimen de todos los socios del Casino.

Reunámonos misteriosamente y huyamos en cor-poracion: es el único recurso que nos queda.

Yo me escondo desde este momento.

Cisht! sigan ustedes leyendo, como si no hubiera acabado la menestra, para que no se note mi retirada.

Chist!.... chist! por Dios.... chist!

JUAN PALOMO.

AÑO NUEVO.

Supongo, lector amigo, que á fuer de cortés y precavido, habrás ya saludado al nuevo año en su solemne recepcion, efectuada á las doce de la noche del 31 del pasado. Si tal hiciste, que el año te lo premie, colmándote de bienes hasta que la felicidad te salga por encima de la ropa, y sinó que te lo demande, echándote en cara la fea nota de mal criado.

El año actual es el septuagésimo segundo remitiendo que el siglo XIX echa á su capote, compuesto de 1872 roturas hilvanadas por otros tantos Eneiros transcurridos desde la venida del Mesías; roturas cercenadas á la vida humana, á lo terrenal y existente; plazos de doce meses vencidos é improrogables, que nos acercan al tremendo día del Juicio final, que nos encontrará á todos calvos.

Yo saludo obsequioso al año nuevo, y te felicito

lector, que también lo saludas poniéndote en lo justo, porque él es la autoridad que viene á gobernar por mandato expreso del orden cronológico, y siendo autoridad, y superior, y única, ya ves tú si hay por qué saludarla rendido y ponerse en bien con ella por lo que pueda tronar.

Yo no sé cómo expresarte mi alegría, el dulce reconcomio que siente mi alma al verte entrar rozagante y jacarandoso por las puertas del año nuevo, perseverando en el humanitario propósito de proteger al inofensivo JUAN PALOMO. Si fuera á arreglar cuentas contigo, no sé cómo habría de componerme para pagar el exceso de tus bondades, que forman un formidable *cargo* en mi cuenta corriente; por eso ni hago el balance ni cierro el ejercicio de mi presupuesto, dando por disculpa la pérdida de la llave; en esto sigo la práctica puesta en uso por naciones eminentemente civilizadas, que ponen todo su esmero en ostentar un déficit robusto, libre de cortapisas, rebajas y nivelaciones que lo echarian á perder.

Oigo en todas las bocas la frase de circunstancias: *año nuevo, vida nueva*.... Increíble parece que falsedad tan notoria se repita con tal insistencia.

¡Ay! si fuera verdad eso de estrenar una nueva vida cada doce meses! Lo que es yo dejaba la que llevo á rastras desde que me parió mi madre, porque tras largos años de uso y abuso, está la pobre en una situación tal, que para dejarla no tiene precio; es la mia una vida de perros, por más que nada tenga yo de común con la familia canina.

Pero ¡ya caigo! La vida nueva en cada nuevo año se refiere á la norma de conducta que cada quisque se promete seguir en lo futuro. Pues, miren ustedes, ni por esas me convenzo. Mudar de propósitos, cambiar de costumbres y echar á puerta ajena vicios adquiridos con perfección, es cosa que está fuera de la humana posibilidad. El que el pasado año rendía ferviente culto á Baco, tomando en su honor tremendas chispas, continuará al presente en el mismo tema, pillando cada turca que valga por tres; el usurero que dejó ayer sin camisa á su insolvente deudor, consumará hoy el despojo total, llevándole hasta los calcetines; la *suripanta* que, parca en prodigar sus favores, sólo hacia partícipes de ellos á media docena de adoradores escogidos por peso y medida, se permitirá el lujo de otra media docena para postres, especie de reserva que podría llamarse la *landwerth* del amor. Y no pongo más ejemplos, porque sería el cuento de nunca acabar; con lo dicho basta, y aún creo que sobra.

Si anualmente se cambiara de vida, dejando los resabios de la pasada para encajarnos una nueva, pura y sin mancha, las perrerías políticas y sociales que desacreditan á la humanidad no durarían más que doce meses; el 31 de Diciembre nos veríamos libres del pecado á la campanada de media noche, y redimidos y puros amaneceríamos el 1º de Enero hechos unos inocentes, temerosos de hallar un nuevo Herodes que nos rebanara el tragadero.

¡Qué bueno sería esto! y sobre todo, ¡qué divertido! Por supuesto que el matrimonio tendría también su límite forzoso, porque no sería equitativo hacer al derecho conyugal supervivente á todos los demás derechos, y que en resumen vendría á darnos una mujer antigua en vez de otra flamante, en armonía con la situación.... Al llegar aquí, suspendo mi discurso para exclamar con el poeta:

“Lástima grande
que no sea verdad tanta belleza.”

“Sí, lástima grande es; pero no hay otro camino que apechugar con la amarga verdad después de soñar dulces mentiras.

En política es en lo que yo encuentro más difícil el cambio de vida, por más que halle muy natural, nutritivo y conveniente el de casaca. Dígame usted á don Luis, que en gracia á la llegada del año nuevo, desista en su empeño de regalarle á los franceses una segunda edición del 2 de Diciembre, y mandará al preopinante al cielo en buen francés.

Aconséjenle á los *yankees*, que en virtud del cambio de vida establecido por el año nuevo, traten á sus hermanos del Sur como tales hermanos y no como prisioneros de guerra, y si el consejero no toma el portante más que de prisa, no será flojo el meneo que se cargue.

Pregúntele usted á Guillermo-Bismark si, adoptando costumbres justicieras, se decide á devolver este año algo de lo que el pasado pilló, y es seguro que contestará:—“En efecto, este año pienso de volver á Francia por lo que allí quedó; y si alguno se quema y me tose, le haré pagar el pato por su atrevimiento.”

El pato aludido son los gastos del imperio alemán, que en lo sucesivo correrán de cuenta de todas las naciones que no tengan hulanos.

Y el niño Alfonso....
Y Víctor Manuel....
Y Pío IX.

Nó; lo que es de estos no digo de palabra. Rechazo la tentación, porque no quiero hoy meterme en dibujos. Eso lo habría hecho sin escrúpulo el año pasado, pero en el presente se decide á hacer vida nueva vuestro afectísimo

JUAN PEREZ.

LA ENTREVISTA.

Una mañana muy temprano levantáronse las cuatro *ciudadanas*, se pusieron los trapitos de cristianar, se untaron de cascarilla hasta las pantorrillas, por si se presentaba algún compromiso, y se fueron derechas al palacio del Presidente.

Pim! pim! dieron dos golpecitos en la puerta.
—Walk in, dijo una voz desde dentro.

Y las cuatro mujeres entraron dando saltitos graciosos y coquetones.

El Presidente las esperaba hacía rato, y en aquel momento se entretenía en atarse una cinta de los calzoncillos. Las cuatro damas se ruborizaron con arreglo al modelo del último figurín y se taparon los ojos con el abanico, para mirar por entre varilla y varilla.

Momentos de pausa.

Don Ulises se puso encarnado hasta la punta de la nariz y con ojos más saltaricones que negro en día de Reyes, miraba á la de Agramonte de un modo que parecía que se la iba á comer.

—Ha de hacer esta más efecto que yo? murmuraba entre dientes doña Emilia.

—¡Carrambole! very beautiful muquerra! exclamaba el Presidente, queriendo romper á hablar en español.

—Gran señor, nosotras somos las Hijas de la Liga....

—Mucho bono la liga: yo querer... I wish to... yo quererlo verla....

Momento de sensación entre las comisionadas.

La que menos hubiera pagado en aquel instante tres doblones por ruborizarse.

La de Villaverde se restregó las megillas con una enagua para ponérselas coloradas; la de Agramonte bajó los ojos al suelo; la mamá de Quesada se puso efectivamente como un pimiento, porque en aquel instante le acometió el histérico y le subían á la pobre mujer unos vapores del estómago que la fastidiaban.

La movilidad de los ojillos de D. Ulises tomaba proporciones amenazadoras.

—Señor, la Liga á que nosotras pertenecemos es la encargada de salvar la patria....

—Tu much salvar.... Yo tener una salvamienta de la patria para osté, decía el yankee y le tocaba con el codo á la de Agramonte.

—Venimos tan solo á pedir el reconocimiento....

—I thank you: mucha gustamienta yo reconocerlas.... ¡Alzo pilillo!.... Yo speak.... yo *espikamienta* un poco.... hablando yo un poco en andaluzo: oye osté muchacha.... ¡alzo pilillo!

La señora Casanova de Villaverde sudaba tinta y otros líquidos.

—En provecho de esa patria he bordado yo con mis manos....

—¡Oh! manos! yo comprender very will.... mi gustar mucho manos; comida very sobroso.... manos de perco.... nó, nó, de porco.... de porqué... de por....

—Ya entiendo, ya entiendo, serenísimo señor; no se canse vucencia en explicármelo.

—¡Carrambole! estar mucho bonita esta muquerra por abaco y por arriba....

—Nos trae aquí el deseo de pedir justicia para nuestros hermanos: la ferocidad española....

—¡Carrambole! yo quiero estar ferozo con osté....

—La ferocidad española, gran señor....

Doña Emilia se dispuso á echar el discurso que traía estudiado.

—La ferocidad española, gran señor, nos ha obligado á dejar abandonados nuestros hogares, nuestros hijos, nuestros maridos y demás animales caseros, para venir dispuestas á salvar á nuestra patria de la tiranía que la tiene apabullada, aunque sea descortesía el decirlo. Pues qué, ¿no se comprometió Judith á cortarle la cabeza á Holofernes, sin temor de que, enfadado despues Holofernes, hiciera con ella una barbaridad á dos.... Nosotras no tememos que vucencia haga con nosotras nada de eso, aunque me parece que sería bien recibido, y venimos en alas de nuestro patriotismo á pedir el apoyo del pueblo más grande de la tierra, y de algunas otras partes, en favor de los que sufren la persecución y otras bagatelitas. Nosotras estamos

dispuestas á hacer toda clase de sacrificios por la patria y nuestros maridos también; porque somos casadas, aunque me esté mal el decirlo, y yo por mi parte tengo un tal Cirilo que, sin agraviar á nadie, es un borrego, para hacer todo lo que yo le digo, y un toro para eso de defender la patria; por que mi Cirilo tiene patria, tan buena como el primero, y yo le permito que la tenga, porque me dá la real gana y porque me gusta que él quede en todas las ocasiones como un hombre. ¿Estamos? Así, pues, nosotras venimos aquí á solicitar que sean reconocidos como beligerantes aquellos muchachos; porque si nó, esto va á ser el cuento de nunca acabar y á mí me duele ya la boca del estómago de tanto bordar banderitas. ¿Comprende vucencia? En las ocasiones, señor, se han de conocer los pueblos que son verdaderamente filantrópicos, autonómicos, magnánimos, enfitéticos y sabrosos; pronuncie vucencia una palabrita y Cuba se salva, y yo me salvo y tú te salvas y nosotros nos salvamos por los siglos de los siglos. He dicho.

Cuando acabó la oradora, el Presidente roncaba. —Chist! chinito, le dijo la de Agramonte tirándole suavemente de un brazo.

—¡Oh! muquerras, yo estar contentamiento....

—¿Qué me contesta vucencia?

—I dont' understand.... no entendimienta yo nada....

—¡Alma de cántaro! pues no dice que no me ha entendido después de un discurso tan brillante?

—No entendimienta nada....

—Volveré á empezar....

—Nó, nó; querer sleeping.... dormitacion; do you understand? Good morning.... adios.

Y se acabó la conferencia.

Al otro día el Presidente y Mr. Fisch disputaron acaloradamente sobre si era más guapa la de Mora que la de Agramonte: el primero defendía á ésta y el segundo á aquella.

Resultado de esta polémica es la dimisión de Mr. Fish que nos anuncia el cable.

El reconocimiento depende de que se averigüe de un modo exacto cuál es más bonita de las dos.

JUAN DE AUSTRIA.

LA CUCA.

I.

Todos la habeis visto, aunque es seguro que no todos la conocéis.

Viste generalmente de negro, y suele llevar margaritas en la cabeza.

Su edad varía por lo común entre los treinta y los cincuenta: el menos ó el más de estas dos fechas constituyen la excepción.

Parece viuda, y se dan casos en que lo es. Sin embargo, acostumbra ir acompañada, sobre todo de noche.

En política es comunista, en literatura romántica, en religión atea.

Frecuenta los Bufos y los Campos Elíseos; cuando refresco lo hace en el Iris; alguna vez se permite pagar.

Debió ser bonita en su juventud; ahora tiene pretensiones de graciosa.

Por muy tronada que se encuentre, no le faltan nunca dos cosas buenas: las botas y los guantes claros. Delira por tener reloj.

Tal es la *cuca* hajo el punto de vista físico; estudiémosla ahora en sus diferentes aspectos.

Hace algunos años me daba yo por jóven y me tomaban por alegre; lo mismo en el grande que en el pequeño mundo mi papel se cotizaba á la par, y las muchachas se disputaban mi conversacion, única cosa que podía ofrecerles. Las invitaciones llovian sobre mí.

Una tarde (serían lo más las tres, pues me acababa de acostar) me sorprendió la criada con una carta, que después de embalsamar la habitacion me dejó ver al abrirla una elegante tarjeta de cuerpo entero, en que se leía:

FULANA DE TAL

tiene el honor de invitar á usted al baile y concierto con que inaugura esta noche sus salones. Calle de....

Lo singular del lance es que yo no conocía ni de nombre siquiera á doña Fulana de Tal. Es más, creo que no había pasado nunca por la calle á donde me citaba.

Mi primer pensamiento fué no acudir á la cita. La imaginacion me representaba en aquella tarjeta la emboscada de un acreedor, la burla de un enemigo ó de un rival, la venganza de un hombre público ó de una mujer no secreta; todo menos lo que me prometía. Dando vueltas en mi cerebro á estas ideas, me dormí.

No ya la del alba, la del alumbrado sería cuando me desperté. Lo primero que vi sobre la mesa fué la tarjeta, que parecía una provocacion. Sólo entonces consideré indigno esquivar el reto.

Vestíme, pues, con trapitos de cristianar, y con unos cuan-

tos reales en un bolsillo, unos cuantos cigarros en el otro, y las manos en los dos, enderecé mis pasos hacia el café Suizo. Lo ménos diez de mis amigos estaban sentados al rededor de una mesa, y ¡oh casualidad! los diez tenían delante de sí una tarjeta igual á la mía.

—¿Qué es eso? les pregunto no sin asombro.
—Va lo ves, me respondieron á un tiempo cuatro ó cinco, que estamos invitados á una reunión.
—Donde se bailará, exclamó uno.
—Donde se cantará, añadió otro.
—Donde se cenará, murmuró el más viejo.
—Todo eso y mucho más, interrumpió el que ocupaba la cabecera y el único que tomaba café.
—Pues, ¿qué es ello? dije á mi vez.
—¡Qué! ¿No lo sabes, incauto? ¿No lo adivinas imbéciles?
—Nó, nó, nó.
—Yo sí; nos invitan á una *soirée de cucas*.

II.

Todavía recuerdo la gaceta que al día siguiente apareció en las columnas de un periódico neo-católico.
“Brillantes, decía, estuvieron anoche los salones del callejon del Perro.

“Cuanto encierra Madrid de distinguido en artes, letras, armas y hermosura, todo allí se dió cita: la señora se lució en los honores de la casa.”

No hay para qué decir que la gaceta era obra de uno de nuestros más notables poetas.

Y ciertamente, para el curioso, poco conocedor del mundo ó del idioma, que hubiera adivinado la cabeza por allí, la reunión ofrecía un golpe de vista encantador. Había entre los hombres, mancebos elegantes, militares de graduación, filósofos y literatos, célebres los unos y aspirantes á la celebridad los otros: entre las damas no pocas bien vestidas, muchas agradables, algunas hermosas; en fin ¿qué más? hasta había algunas hijas con madre.

Eso no quita que de vez en cuando se oyera al pasar por cerca de un grupo:

—Anda, niña, ves á ver si Fulano quiere darte una *vaca*.
—Mamá, por *ser sola* me he quedado sin nada al *tercer golpe*.
—¿Ha reparado usted, doña Mónica, cómo levanta *mueritos* la viudita?

O bien estos diálogos entre caballero y señora:
—¿Me concederá usted el honor de una polka?
—Sí, señor; pero á cambio de una *armadura*.
—Vamos, Lolita, que ya la he visto á usted acertar tres ó cuatro seguidas.

—Pues ya vé usted, no tengo más que siete pesetas.
—Pícarona; eso no prueba más sino que se vá usted *al río*.

Y todo esto mezclado con música y baile, entre parejas que desfilan por un pasillo hacia el comedor y por un gabinete hacia otro sitio que no quiero nombrar, pero donde también entré para contemplar el cuadro más abigarrado y grotesco que pude nunca imaginarme y que consiguió sorprenderme, á mí, que había visitado como artista las cuevas de los gitanos en Andalucía y los bodegones de los traperos en París.

Figuraos una mesa ovalada, ocupando todo el centro de una gran sala, y entorno de esa mesa treinta ó cuarenta personas de ambos sexos, sentados por lo general los hombres y de pie las mujeres, salvo alguna cuya belleza, ó más bien que esto, las cantidades que apunta, la hacen acreedora á un lugar escogido.

Figuraos aquel conjunto de bocas escogidas que murmuraban, de brazos que se retiran ó se adelantan, de monedas que van y vienen; de juramentos por lo bajo, de sonrisas por todo lo alto, y dominando esta especie de tempestad, donde lo que más aterra es el silencio, una voz pausada siempre, á menudo conmovida, nunca amenazadora, que repite cada cinco minutos; ¡Juego!

Después de esto, unos instantes de agitación; luego, la calma: un poco más tarde la explosión de todas las iras, de todos los deseos, de todas las vanidades del corazón humano.

—¡Buen rey! exclama uno que fuera de allí pasa por un demagogo furioso.

—Hubiera querido ser caballo, prorrumpe otro que por más que quiera no puede dejar de ser burro.

—Yo llevaba medio duro á las de abajo, grita con decidido acento una joven encantadora.

—Miente usted, responde con tranquilidad un honrado padre de familia.

—Hija mía, dice una mamá al oír el ruido de la disputa, no cuestiones con hombres groseros.

—A ver, pocas palabras, ó le vuelvo á cualquiera un revés.

Esta insinuación restablece la tranquilidad en todos los espíritus.

Es, como si dijéramos, el *salvase el que pueda*, que impide cuando no precipita las grandes catástrofes.

III.

Dejé la sala del juego, sofocado por aquella atmósfera, y me instalé en un sofá del gabinete. La péndola de la chimenea acababa de sonar dos veces, para decirnos al oído que eran las dos de la madrugada.

Cerca de mí se hallaba sentada también una mujer elegante y no mal parecida. Yo recordaba haber visto aquella cara en otro tiempo y en otro lugar, y medité.

Durante largo rato, no me atreví á creer á mis ojos. Era ella, sí, la misma que yo me figuraba. Pero ¡qué cambio! Yo la había conocido inocente y joven, esperanza de una familia que la amaba, encanto de una sociedad que embellecía con sus atractivos. Me acuerdo de que la oí cantar *La Traviata*: de fijo no pensábamos aún en representarla.

Por fin nos aproximamos, y como era de esperar, nos reconocimos. Mi amiga de la niñez había sido tres años corista, uno escaso ama de llaves de un americano sin ingenio, en la actualidad ribeteaba calzado por la mañana y zurcía voluntades por la noche. La había presentado en la reunión una que pasaba por tia suya y á quien, sin serlo de nadie, todos llamaban del mismo modo.

Ella fué la primera que me inició en los misterios de esa ciencia especial que se llama la *cucuería* y que tiene sus profesoras en todas las clases, particularmente en la siempre benemérita de las huérfanas de coroneles y viudas de jefes políticos.

También aprendí, gracias á ella, que si algunas aplicaciones de esta ciencia no son antiguas, la primitiva ciencia lo es.

La *cuca* descende en línea recta de la *buscona* de Quevedo, tiene muchos puntos de contacto con la *Celestina* y no pocas analogías con la *beata*.

Hay cucas de corazón y de cabeza: las de corazón viven poco y llegan cuando más á patronas de huéspedes; las de cabeza acostumbran á morir muy tarde y concluyen regularmente en prestamistas. Unas y otras creen asegurado el cielo, como la Magdalena, á fuerza de haber amado mucho.

Todas suelen tener poco que perder, y sin embargo, yo he visto aún perder diez y siete cartas seguidas de á peseta.

Madrid, 1871.

MANUEL DEL PALACIO.

BOCETOS A LA PLUMA.

EUSEBIO BLASCO.

¿Queréis, queridos lectores de JUAN PALOMO, formaros una idea de él? Pues figuraos el talento, la gracia y la fortuna marchando unidas por el mundo, y comprendereis al poeta, al novelista, al autor dramático cuyo retrato deseo ofreceros.

Es quizás el más joven de todos los escritores en boga. Su historia es un capítulo de novela.

Nació en el seno de una familia que se hallaba rodeada de todo género de comodidades.

Su padre era un arquitecto distinguido de Zaragoza, y amante de su familia, se dedicó á rodearla de satisfacciones, razón por la cual nuestro poeta fué en sus primeros años un niño mimado.

Su padre vislumbró el porvenir que aguardaba á los ingenieros, y su constante deseo fué que su hijo mayor siguiera esta carrera.

Nada más lejos del carácter y de las aficiones de Blasco.

Edificar con ilusiones, pase, pero hacer obras con yeso y ladrillos, trazar carreteras y calcular puentes, eran ocupaciones que se presentaban á los ojos del joven soñador como otros tantos martirios.

Sin embargo, Blasco, que había nacido para ser lo que es, hacia versos á hurtadillas, y á los 17 años se atrevió á escribir una comedia titulada: *Vidas ajenas*.

Con el mayor sigilo, porque su padre le exigía que estudiara las matemáticas con verdadera aplicación, llevó al teatro su obra, y Amalia Gutierrez y Julio Parreño se encargaron de interpretarla.

Los carteles anunciaron “una comedia nueva, original de un joven poeta aragonés.”

Esto despertó la curiosidad en la población; el teatro se llenó, y entre los espectadores se hallaba el padre de Blasco.

Por la tarde dijo Eusebio al autor de sus días:

—Yo quería ir al teatro esta noche.

—¿Y la lección de matemáticas, quién la estudiará mientras tanto?

—Si me deja usted ir, la estudio hasta la hora de la función.

Así lo hizo, y padre é hijo se fueron al teatro.

La comedia de Blasco era la segunda. En el primer entreacto desapareció del lado de su padre. Este, como los demás espectadores, escuchó con verdadera atención el animado y chispeante diálogo de la obra; rió á carcajadas, y unió su voz á la del público, que pedía con entusiasmo que se presentase el autor en la escena.

Al ver á su hijo salir á recoger los laureles, no supo qué hacer, si enfadarse ó mostrarse contento.

Las felicitaciones inmediatas de sus amigos le desarmaron; fué á buscar á su hijo al escenario, y dándole un abrazo

—Te has empeñado en ser poeta, le dijo, cómo ha de ser, tendremos paciencia! Escribe lo que quieras!

No hay para qué decir que las matemáticas fueron abandonadas, haciendo Eusebio la promesa á sus padres de labrar su fortuna con las letras.

Estimulado por el éxito de su primera producción, escribió otra en breve tiempo, y en el momento en que la daba los últimos toques acaeció la muerte de su padre. ¡Golpe terrible para el amante hijo y al mismo tiempo para el joven iluso y entusiasta, á quien se presentaba el triste problema de trabajar para vivir!

Quedó Blasco al frente de su familia, compuesta de su madre y tres hermanos menores.

Los negocios de su familia quedaron mal parados con la muerte de su padre, y Eusebio Blasco, de acuerdo con su madre, aceptó los mayores sacrificios y vió desaparecer poco á poco los títulos de las fincas que poseía, las alhajas, los recursos, sintiendo únicamente verse obligado á vender un coche que tenía.

Blasco ha sentido siempre en el fondo de su alma instintos aristocráticos, y en aquellos momentos de su vida era una copia del tipo tan admirablemente retratado por Enrique Consuegra en su novela *El hidalgo pobre*.

—No hay más remedio que ir á Madrid á conquistar lo que hemos perdido, dijo á su madre.

El mismo día en que con tanta pompa celebró en Madrid el partido progresista el entierro de Calvo Asensio, Blasco llegó á Madrid, sin conocer á nadie y dispuesto á probar fortuna. Su capital consistía en 14 reales.

Lo primero que hizo al llegar á Madrid, fué dirigirse á un café, y la casualidad quiso que hallase á un antiguo amigo, quien hacía mucho tiempo que no veía.

—¿Te gustaría entrar á formar parte de la redacción de un periódico?

—Eso sería una gran fortuna para mí.

—¿Qué ideas tienes en política?

—Francamente, lo ignoro.

—¿Es posible?

—Mi aversión á las matemáticas y mi amor á las letras, me han preocupado de tal modo, que ignoro cuáles son mis ideas en política.

—Supongo que serás liberal.

—Lo que es eso, hasta la pared de enfrente, dijo Blasco, empezando á formar el diccionario de frases especiales con que ha aumentado, no me atrevo á decir enriquecido, el repertorio de los chistes de la vida familiar.

—Pues en ese caso, dijo su amigo, vamos ahora mismo á ver al director de *La Discusión*.

Una hora después, aceptaba Eusebio Blasco el sueldo de ocho mil reales anuales y empezaba á escribir para el periódico democrático.

Es el único escritor que ha logrado tanta suerte á las dos horas de llegar á Madrid; pero la política seria y trascendental no estaba conforme con su carácter y sus aficiones, y en breve tiempo escribió una comedia.

Al terminar tres actos de los cuatro que debía tener la obra, se presentó á Julian Romea.

—¿Quiere usted oír, le dijo, los tres primeros actos de una comedia?

—Antetodo, ¿quiere V. decirme quién es? preguntó Romea.

—Mi nombre es lo de ménos; dígame usted si quiere oír ó nó la lectura de mi trabajo.

—Déjeme usted el manuscrito.

—Tómelo usted, y en esta targeta están las señas de mi casa.

Esta escena tenía lugar un jueves.

El sábado próximo recibió una carta de Romea, pidiéndole que terminase lo más pronto posible el último acto, y asegurándole que la comedia se pondría en escena pronto.

El célebre actor se equivocó: la obra no gustó al público.

Apénas podía preocuparse Blasco de su derrota, porque casi al mismo tiempo que terminaba su comedia en medio de la indiferencia del público, espiraba en Zaragoza uno de sus hermanos, y el dolor que su muerte causó en su corazón, evitó á su amor propio el sufrimiento que de otro modo hubiera padecido.

Poco después fundó el *Gil Blas* con Luis Rivera y Manuel del Palacio.

La desenvoltura con que escribía; la fina sátira de sus críticas, el desenfado de sus locuciones le hicieron adquirir rápidamente gran popularidad, y habiendo empezado á escribir con el sueldo de diez y seis duros mensuales, no tardó en verle aumentados hasta cincuenta.

Ya era todo un hombre, ya tenía una posición; ya podía mantener á su familia.

Lo primero que hizo fué traer á Madrid á su madre y á sus hermanos. Estos hermanos eran: una joven de quince años y un niño de seis.

Dedicado al periodismo, apénas se acordaba del teatro, cuando Antonio Zamora pidió que le escribiera una comedia.

Entonces hizo *La mujer de Ulises*, que, estrenada en el Príncipe, proporcionó uno de los más brillantes triunfos á su autor; pero la fatalidad le perseguía: al día siguiente de recibir tan lisonjera ovación perdió á su hermana.

“Otro más supersticioso que Blasco, ha dicho Perez Rojas, es seguro que no hubiera escrito más comedias.” Al recuerdo de sus tres obras primeras tiene que acompañar el de la pérdida de tres seres queridísimos.

Los plácemes y felicitaciones que recibió por sus artículos del *Gil Blas*, le impulsaron á escribir obras de las que quizás ya hoy se arrepiente.

Entre otras, publicó un libro titulado: *Los curas en camisa*.

Esta obra le proporcionó gran número de enemigos, y en último resultado no era más que una recopilación de todo cuanto vulgarmente se dice para zaherir á los eclesiásticos.

Una tarde se hallaba en un café y entró Arderius.

Los dos hablaron largo rato, y de la conversación surgió la idea de establecer los *Bufos Madrileños*; pero era necesario una obra que pudiera servir de patron á los demás autores.

Blasco improvisó *El joven Telémaco*, y todo el mundo sabe que este juguete cómico en dos actos se representó más de doscientas veces en la temporada, obteniendo el primer triunfo para el género bufo, que ha dado á ganar mucho dinero á Blasco y ha enriquecido á Arderius.

Al mismo tiempo ha dado al teatro comedias muy lindas, tales como *El vecino de enfrente*, un *joven audaz*, *La suegra del diablo*; zarzuelas como *Pablo y Virginia*, etc., y por último, y para perdonar todos sus pecados, ha enriquecido el repertorio del teatro español en la última temporada, con dos comedias que constituyen sus más legítimos triunfos: *El pañuelo blanco* y *No la hagas y no la temas*.

Ha publicado varios libros, y entre ellos: *Del Suizo á la Suiza*; *Del amor y otros excesos*, etc.

Asistió á la inauguración del Istmo de Suez. Al regresar de ella, permaneció algún tiempo en Francia; vino tan cambiado en sus ideas y en sus costumbres, que se concibe haya hecho las dos obras de que he hablado antes y que se haya convencido, aunque no sé si lo está, de que es más aristócrata que democrata.

Merece la suerte que ha alcanzado; pero es preciso confesar que es el hombre de la suerte.

Cuando juega á la lotería, está seguro de sacar premio, y á pesar de esto, es muy afortunado en amores.

Bajo este último punto de vista, siempre vive en plena novela, y sus amigos saben que ha pasado tres horas dentro de un armario oyendo pronunciar una receta á una especie de médico de su honra. En otra ocasión sufrió un disparo á quemarropa, pero salió ileso.

Cuando escribía el *Gil Blas* y mandaban los moderados, fué á prenderle á su casa un agente de policía.

Entre su ingenio y una botella de Jerez, pudieron conseguir que el agente se marchase, tambaleándose, eso sí, pero seguro de que Eusebio Blasco ni había conspirado, ni conspiraba, ni era capaz de conspirar.

Como rasgos particulares del carácter de este popular escritor, terminaré diciendo que ama en extremo á su madre y á su hermano; que es generoso, no sólo con sus amigos, sino hasta con sus enemigos, y que no hay persona que al poco tiempo de conocerle no le quiera de veras.

Madrid, 1871.

JULIO NOMBELA.

PLANO DE EUROPA

PARA
1872.



LA INGLATERRA, aislada, echa pestes de rabia y casi olvida á la IRLANDA, que tiene amarrada. La ESPAÑA fuma su cigarro recostada sobre el PORTUGAL. La FRANCIA trata de rechazar las invasiones de PRUSIA, que adelanta una mano sobre HOLANDA y otra sobre AUSTRIA. La ITALIA también cree á Bismarck que le quite el pié de sobre el hombro. La CORCEGA y CERDEÑA rien como niño mal criado. DINAMARCA, que ha perdido sus piernas en el HOLSTEIN, espera recobrarlas. La TURQUÍA quiere saltar y la RUSIA espera ocasion de llenar el cesto. La TURQUÍA ASIÁTICA aspira el humo de su pipa. La SUECIA

EPISTOLAS A "JUAN PALOMO."

NUEVA YORK, 23 DE DICIEMBRE.

"Y todos los bienes les eran comunes."

Esto decía una de las banderas que figuraban en la procesión internacionalista de aquel domingo de marras.

En aquella célebre procesión que paseó los trapos de doña Emilia y en que iban los laborantes bailando *lancers*.

Pero yo sé que Aldama, Bramosio, Mestre y todas las divinidades del Olimpo laborante se hartaron de *guanajo* el día de Navidad, y ¿querrán decirme los emigrados cubanos que iban en la procesión si les tocó siquiera una mínima parte del relleno?

¿Comió *guanajo* Aguilera?

Esta pregunta es muy difícil de contestar, porque si bien a mí me consta que la agencia no dá bastante para esos floreos y cuadros ornitológicos, en cambio un acordeón (no me atrevo á llamarlo *organillo*), que se titula *El Pueblo*, nos informó la semana pasada como se había resuelto en los círculos acomodados subvencionar con un *pour boire* al Agente General de la República.

Si es cierta la noticia y han aflojado los *monises* ántes de Navidad, bien puede Aguilera haber comido su *guanajo*.

O bien, á falta de pavo
pudo muy bien el Agente
echarle á Ramon el diente
ó á su secretario Bravo.

Porque los dos, Ramon el regordete y Bravo el rechoncho stán muy cebaditos y tienen enjundia.

Dicen malas lenguas que el Agente se pasó la Noche Buena pelando la pava con doña Emilia; pero no lo creo, porque ¿á qué vendría el pelar la pava si ni uno ni otra habían de comerla?

Porque doña Emilia no ha comido pavo este año, ni siquiera capon.

Como que yo he visto á don Ciruelo vivo hace dos días.

Ahí tienes, JUAN PALOMO; es una verdad más grande que a tienda de Stewart, que Dios castiga sin palo.

Aquí están esos malaventurados laborantes que quisieron escupir al cielo: aquí los tienes comiendo el pan de la emigración, que es un pan muy duro; ó no comiendo ningún pan, que es más duro todavía.

Aquí están viendo como todo el mundo goza y se divierte en estas Pascuas, como se reúnen las familias en el hogar paterno y como la alegría, el amor y la caridad brota para todos menos para ellos.

Aquí los tienes; la mayor parte sin ropa y sin lumbre en esta cruda estación, temblándoles el cuerpo de frío y la conciencia de remordimientos; pensando en la patria y en el hogar que han perdido, y no teniendo ni un rayo de esperanza, ni un cacho de consuelo.

Parece como que el niño Jesus les dice desde Belén: "Andad errantes sobre la tierra, hijos de Cain, asesinos de vuestra patria y de vuestros hermanos. Mientras todos celebran con algazara y regocijo mi nacimiento, porque yo represento el amor y la caridad, vosotros, envidiosos y traidores, sufrís mil angustias y torturas. No hay paz para vosotros en la tierra, que no sois hombres de buena voluntad."

Y así ha sucedido, que cuando todo el mundo celebraba alegre el *Christmas*, ellos se rompían la crisma cavilando, cavilando sin cesar.

¿Y dónde está la promesa, tantas veces repetida, de que comerían el pavo en la ciudad de la Habana?

¿Dónde está Quesada, dónde está Jordan, dónde está Ryan, dónde están todos esos esforzados adalides que debían cenar en el Morro en Noche Buena?

Ni siquiera han sido capaces los mambises de posesionarse de una aldea donde poder comer el *guanajo* con tranquilidad.

Bien es verdad que aunque tuvieran aldea de nada les servía no teniendo *guanajo*.

Porque el único que tenían se les ha escapado, si son ciertos los rumores de que Carlos Manuel está en Santhomas.

¿Si se olería él que iban á ensartarlo en el asador?

¿Y qué buscará por Santhomas el descendiente del rey Wamba?

¿Estará buscando la tranquilidad que ha perdido ó la independencia de Cuba que no ha encontrado en sus incesantes correrías por la manigua?

¿O es que viene á Nueva York en comisión para explicar á los laborantes lo que quiere, temeroso de que hayan hablado en gringo los comisionados que lo han precedido?

Apostamos á que Aguilera le ha escrito que por acá no está muy bien, como que no hay voluntarios que lo persigan á uno, y que los periódicos se encargan de hacerlo á uno inmortal, cualidad muy difícil de adquirir en la manigua, y que se trabaja por la independencia de Cuba yendo á conciertos y funciones teatrales, etc., etc., y él, deslumbrado por los brillantes colores de ese cuadro, viene para bañarse en agua de rosas.

Coming events cast their shadows before, es decir: los acontecimientos futuros proyectan sus sombras ántes de suceder, y por esto ergo yo que es cierto que se dispone á venir Carlos Manuel Céspedes.

Ese acontecimiento futuro ha proyectado ya su sombra en

esta ciudad, como que una gran parte de Nueva York se ha quedado á oscuras.

Dicen los periódicos que es porque ha reventado un gasómetro; pero no es verdad.

Este *sombrio* acontecimiento anuncia la próxima llegada del gran *luminar* de la República de Cuba.

Y si el gasómetro reventó fué porque se dijo:

—Vinieron Céspedes a Nueva York ¿qué necesidad hay de gas ni de faroles? Con él y con el *alumbrado* de Aguilera no necesita otra cosa Nueva York para ser la ciudad de las luces.

Yo extraño cómo la Empresa del Gas no ha alquilado á los laborantes para faroleros.

JOHN BULL.

MADRID, 3 DE DICIEMBRE de 1871.

Sic argumentar.... le dijo San Roque á Santa Teresa: *jehúpate esa!*.... Y yo le digo á usted, amigo JUAN PALOMO, que de algun modo he de aparecer identificado con la condición y carácter de su periódico al comenzar mis tareas correspondientes; y el mejor modo, en mi opinión, es el de hacer honor á su título, *guisando* y *comiendo* yo mismo, es decir, creando y comentando á mi gusto un texto latino.

Pues señor, como íbamos diciendo, San Roque le dijo á Santa Teresa: *jehúpate esa!* y yo les digo á los lectores de JUAN PALOMO: aquí tenéis la primera correspondencia de Madrid, que os envía un antiguo y querido amigo vuestro; y si esta no os gusta, aguardad un poco, que después irá otra; y quizás entónces podreis decir con sobradísima razón: si esta vez salió mala, otra vez saldrá peor.

Romperé la marcha hablando de las elecciones de ayuntamientos que en estos días han tenido lugar en toda la Península, y que es el hecho político más reciente que se registra en los fastos de nuestra historia contemporánea.

En estas elecciones nadie sabe lo que ha pasado á punto fijo, ó mejor dicho, ninguno hay que pueda deducir la verdad de lo que dicen unos y otros. En la mayor parte de los colegios electorales han vencido las candidaturas progresistas, pero como se llaman progresistas el gobierno y sus amigos, y como progresistas se llaman también los *enemigos* más encarnizados del gobierno y de los amigos del gobierno, resulta que todos han sido á la vez vencidos y vencedores; y resulta también que hay pueblos y provincias en las cuales han cantado á la vez el *Te-Deum* de la victoria los *situacioneros* y las oposiciones.

Más vale así, he dicho yo; porque así á lo ménos *tuti contenti*; aun cuando este contento han venido á amargarlo por fin de fiesta las noticias de las oposiciones extremas, es decir, de los republicanos y carlistas, los cuales se atribuyen también por su parte la victoria en ciertos y determinados puntos; lo que, en último resultado, tampoco me parece del todo malo, puesto que de ese modo podrá decirse, y con algun fundamento en verdad: *de todo hay en la viña del Señor*. Habrá quien crea que lo que verdaderamente vá á haber es que cada municipio vá á ser una torre de Babel.

¿Y qué le vamos á hacer? ¿nos vamos á morir por eso? Al fin y al cabo no hay mal ni bien que dure cien años; y es muy posible que si tenemos paciencia para aguardar durante ese tiempo, al fin y al cabo hemos de aliviarnos y consolarlos con algun remedio inesperado.

Yo tengo para mí que mucho ántes de ese largo plazo pudiéramos remediarnos y consolarlos, si se inventara un modo de aniquilar zánganos políticos por el estilo del de aquel que inventó el de los polvos para matar pulgas. Si pudiéramos tropezar con alguno que tuviera bastante paciencia para una á una *coger li pulgui, abrírtli boqui, echarli polvi y dijarli morta*, las pulgas se acabarían, no hay que dudarlo; como se acabarían por el mismo sistema los zánganos de la política que mariposean por los partidos para embrollarlos á toños y medrar á costa del país. Yo creo que no habria necesidad de aniquilarlos; con apretarlos de modo que ellos solos se muriesen de vergüenza habria bastante. Para ello, y puesto que á las pulgas hemos recordado, bastaría el sistema de aquel que

Se iba á un rincón á espulgar,
y cada pulga que hallaba
con arte la colocaba
entre el índice y pulgar;
y la apretaba y torcía
con tal valor y denuedo
entre el uno y otro dedo,
que la pulga se moría.

Por supuesto que entre las pulgas que sería conveniente retorcer deben contarse en primer término las que pican con tanta repetición al oído de ciertas eminencias políticas de España. Esas pulgas que se llaman laborantes y que tan pronto nos incomodan desde Nueva York, como desde Londres, como desde París, y que además están bastante abundantes en Madrid, deberían ser apretadas entre dedo y dedo hasta que ellas solas se murieran aun cuando fuera de rabia; y para ellas con preferencia deseo yo pronto el *empírico* del *apretón*.

Estas malditas pulgas han llegado con sus mordeduras hasta hacer dudar del patriotismo de muchos de nuestros hombres políticos; y hasta hacerlos aparecer como cómplices suyos. Y sin embargo, en el fondo no hay nada de esto; yo les

aseguro á los lectores de JUAN PALOMO que no hay un sólo español, entre todos los partidos que agitan y trastornan nuestra asendereada patria, que accediera en el poder á ningún chanchullo en perjuicio de la integridad de esas provincias. Como arma de oposición y mientras combaten una situación cualquiera, halagarán á los laborantes y hasta los explotarán en el terreno de los *monises* por tener armas de combate; pero cuando llegue el momento de obrar, no pueden dejar de ser españoles, porque no les toleraría otra cosa la totalidad de la parte sana de la nación, que está por la integridad de la patria, y dispuesta á sacrificarlo todo por defender su honradez.

Esta es la verdad, á pesar de las invenciones y calumnias de los laborantes, que medran en Madrid y en otros puntos, engañando y explotando á los ilusos, y muchas veces dejándose ellos mismos explotar por los que explotan á todo el mundo para sus miras políticas sin intención de ser traidores.

De todos modos, y esto es lo que importa que sepan bien los lectores de JUAN PALOMO, en los momentos extremos todos los partidos españoles se aunan para salvar los intereses de España en Cuba, como acontece precisamente en este momento. Al presumir que la actitud de los Estados Unidos no es muy favorable á España en la cuestión de Cuba, Tirios y Troyanos se han puesto de acuerdo; y á pesar de nuestros *belenes*, y de nuestras reyertas, y de nuestro verdadero babel político, todos los partidos están conformes en apoyar al gobierno en la cuestión de Cuba y en no crearle dificultades en lo que necesite para sostener allí el honor de nuestro pabellón. Así lo ha acordado por un lado el partido republicano y por otro el antiguo partido moderado y el partido carlista, y por consiguiente todos los demás partidos que estén dentro de la situación creada por la revolución de Setiembre. Todos, todos están conformes en secundar los patrióticos esfuerzos de los voluntarios de Cuba; y al efecto el Gobierno tiene ya preparada una grande expedición en la que irán dos mariscales de campo y tres brigadieres y tropas suficientes para establecer un sistema de guerra que definitivamente acabe con esa insurrección que nunca ha tenido razón de ser.

Por remate, yo le aseguro á esos lectores de JUAN PALOMO, que todos los buenos españoles, que no somos pocos, opinamos, hemos opinado y opinaremos siempre que en la cuestión de Cuba se ha de luchar hasta morir por España, para España y con España, considerando dentro de España á todos los que en esas provincias se sacrifiquen en pró de su honra y de la integridad nacional.

Y con esto no los canso más; otra vez será más *largo*, como decía el otro, y *consumatum est*. Vuestro etc., etc.

M. HIRALDEZ DE ACOSTA.

JUICIO DEL AÑO 1872.

Conducido por la mano de la *Luna*, que es su madre, viene el año hácia nosotros por el medio de la calle. No es posible á simple vista conocer en su semblante si ha de ser bueno ó si malo, si formal ó badulaque, porque eso depende ahora de la política frágil, de la ambición, del petróleo; de que nos dejen los yankees que arreglemos nuestras cosas del modo que más nos cuadre; de que decida comernos *La Internacional* más tarde; de que en cantidad crecida revienten los laborantes; de que truene, de que llueva y otras varias necedades. Hay, sin embargo, quien dice, y es asegurar bastante, que siendo, como es, la *Luna* del año nuevo la madre, el Mentor ó ama de cría, como al lector más le agrade, ha de ser un año próspero y echado para adelante; pues aunque á la *Luna* acusen de que tiene veleidades, lo cierto es que tiene *cuartos*. — ¡*Cuartos* dijiste! ¡me *cachis!* — y con ellos, ya no hay duda que hemos de vivir en grande. Pruebas dió ya de que espléndida desea manifestarse, pues nos regala de *contra* un día más, que en la parte de más atrás de Febrero vá cosido con estambre. Bueno será, por lo tanto, que los chicos y los grandes, que los flacos y los gordos, y los de todas edades

lleven de lienzo una bolsa colgada siempre delante por si en el año que empieza, tanto el dinero abundase que se llene sin trabajo de doblones y reales: y lo tengo yo por cosa segura, que han de llenarse; para pocos de dinero, para muchísimos de aire. Por eso opino que el año ha de ser inmejorable, si la *Commune* y sus hijos queman villas y ciudades, librándonos de este modo tan sencillo como fácil, de las cucarachas, chinches y otros varios animales: si en las calles de la Habana no se componen los baches para que caigan y mueran en ellos los laborantes, que están ciegos de los ojos y de algunas otras partes: y si arman algun tiberio los señores radicales, porque estar así sin bullas es una cosa cargante. Y si nó, *Dios sobre todo*, como se decía ántes, diré que dicha y contento gozaremos inefables si nos perdona la vida ese *Terror*.... de los mares que de luengas tierras vino á dar con la Habana al traste. Y con esto y un bizcocho, abur, que me vuelvo al catre.

JUAN DE LAS VIÑAS.

EL PETROLEO.

El petróleo es la fórmula concreta y abreviada del partido internacionalista, el símbolo genuino y característico de sus aspiraciones, la síntesis de todos sus principios y de todas sus ideas, con el cual se realizan en un periquete todos sus deseos en perfecta consonancia con los deseos de los demás mortales.

La matrona con el consabido nivel, y aún el terrible triángulo de la guillotina, no simboliza la igualdad tan bien como la tea y el cubo de aceite mineral. Las dos manos entrelazadas son una alegoría que explica de un modo imperfecto la fraternidad humana, comparadas con una inmensa hoguera en que se calcina amigablemente todo el universo; y las cadenas rotas hacen una triste figura al lado de las bacantes desmeledadas y harapientas, quemando esa capa grosera de sangre, huesos y músculos que sirven de cárcel al espíritu.

Al llegar aquí, y aunque se nos tilde de fatalistas, no podemos menos de reconocer la intervención inmediata de la Providencia, que permite los más importantes inventos en el momento preciso y oportuno en que más necesarios son. Sin los cañones Krupp, es posible que aún siguiese pesando sobre Europa la irresistible impertinente vanidad francesa; sin los manantiales de petróleo que han surgido de las entrañas del Nuevo Mundo para el achicharramiento universal, se verían apuradísimos los internacionalistas para realizar su triforme lema de libertad, igualdad y fraternidad; para llevar á cabo la destrucción de la propiedad, de la religion, la patria y la familia.

Los pozos petrolíferos son la fórmula que resuelve el gran problema social, hasta ahora insoluble; su luz acaba de despejar la incógnita, y hoy la mano nerviosa de una mujer ó la débil de un niño pueden, cuando les plazca, con una simple caja de fósforos y unos cuantos toneles del precioso líquido, hacer la felicidad del género humano en menos tiempo del que se tarda en escribirlo.

Cuando Dios quiso anegar á la humanidad degenerada, necesitó levantar á su potente voz los vapores de la tierra, condensarlos en nubes, y una vez amontonadas en espesos batallones, rasgarlos y disoverlos en torrentes sobre la tierra; el procedimiento para castigar á los pervertidos habitantes de Sodoma Gomorra fué algo más breve, aunque no menos expedito, y para aniquilar hoy á los fabricantes, á los patronos, á los propietarios por el delito de ser ricos, porque heredaron las riquezas de sus mayores ó las adquirieron con su inteligencia, su actividad, su economía y su trabajo, llevó por la mano al primer aventurero que, buscando agua con que apagar su sed, se encontró con la inapreciable sustancia mineral que había de ser, y es probado, la panacea de todos los males.

Hay espíritus apocados y miopes, que, en vez de remontarse á las altas consideraciones filosóficas para juzgar desde arriba los hechos que se realizan, los juzgan con un criterio mezquino y pedestre.

Segun estos pobres de espíritu, el petróleo sirve únicamen-

te, encerrado en el receptáculo de la lámpara, para iluminar las vigiliás del sábio, del artista, del poeta, del industrial y del artesano: cada gota representa una inspiración, una idea, un descubrimiento, el capítulo de un libro, un adelanto científico, un pedazo de pan contra el hambre, un fragmento de tela contra el frío; es decir, un bien para la sociedad ó para el individuo.

Compadécamos á los que así piensan y enseñémosles lo que no saben. El petróleo tiene una más alta y regeneradora misión, que es realizar la triforme alegoría de libertad, igualdad y fraternidad; acabar con mezquinas preocupaciones; purificar, en fin, el mundo por el único elemento depurador hasta ahora conocido. Cada litro de petróleo representa un palacio incendiado, una obra de arte destruida, una iglesia ó un bosque quemados, un monumento patriótico por tierra, ó lo que es lo mismo, el aniquilamiento de una preocupación, de un privilegio, de una iniquidad, de una injusticia.

La guillotina es una gran cosa, y así nos complacemos en reconocerlo, funcionando por medio del movimiento continuo como funcionaba durante el terror; mas no consiguió realizar en absoluto el principio egalitario. Verdad es que su cuchilla niveladora lo mismo cortaba la cabeza del noble que la del plebeyo, del clérigo que del seglar, del realista que del republicano, del girondino que del hebertista, dantonista ó robespierista, del viejo octogenario que de la niña impúber: mas pasada aquella fiebre, mientras el simple falsificador de asignados se pudría en los fosos de Clamart ó en las fosas del cementerio de la Magdalena, se buscaban los restos de los reos políticos, y cuando se encontraban, se colocaban sus cuerpos en magníficos sarcófagos. La igualdad no se había conseguido sino hasta cierto punto y durante un limitado espacio de tiempo.

Pues aplicad el procedimiento petrolífero á los cadáveres de los guillotinados, ó para simplificar, á los mismos individuos, y como se habrán confundido, las cenizas de todos, ya no serán posibles esas distinciones póstumas, y por si acaso se atreviesen á erigir capillas expiatorias, una vez sabido el procedimiento, todo está reducido á un hisopo y un fósforo de Cascaut.

¿Qué es la libertad? Los derechos individuales limitados ó ilimitados consignados en una Constitución y garantidos por un Código penal. Pero todos sabemos que las Constituciones se infringen arbitrariamente ó se suspenden sus efectos dentro de sus mismas prescripciones. Ejemplos hay de manifestaciones impedidas, y de reos más ó menos presuntos fusilados sin juicio previo. Esta libertad es demasiado contingente y casi no vale la pena de hacer una revolución para conseguirla. ¿Quién escribe lo que quiere? ¿Quién anda por donde le acomoda? ¿Quién se asocia con los que le parece? ¿Quién se reúne donde le dá la gana? Nadie, si se exceptúa algun republicano y alguno que otro cimbrio.

De todo esto se deduce que la libertad práctica es un mito, y ya varios sábios dijeron que la libertad empezaba con la muerte. Siendo así, ¿hay nada más conducente, expedito y eficaz que la combustión del género humano en una inmensa hoguera, en cuyo caso se realizaría al mismo tiempo la verdadera, la única fraternidad posible?

Por mucho que hagan los enemigos de la propiedad individual, y aunque convirtieran el mundo en un sólo falansterio, no conseguirían ver realizados el sueño de la propiedad colectiva, porque, como el fénix de sus cenizas, de la actividad, del talento y del trabajo seguirían de nuevo el tuyo y el mío. Además de que hay objetos indivisibles que necesariamente habrían de usufructuarse por los más inteligentes ó los más audaces; pero rociad con un torrente de petróleo los palacios y los templos, las alhajas y las telas preciosas, los bosques y las ciudades, la materia animada é inanimada, y no sólo habreis destruido la propiedad, sino lo que es más, los propietarios pasados, presentes y futuros, convirtiendo el globo terráqueo en una gigantesca esfera lumínica, especie de facsimile del sol, y después en un inmenso punto negro que podría contemplar el Sr. Ruiz Zorrilla desde la luna ó de algun otro de los planetas que giran en el espacio.

La destrucción en grande escala del mundo material y moral, tal como la sueñan los internacionalistas, no puede llevarse á efecto sino mediante el petróleo, que Dios crió para *La Internacional*, como *La Internacional* para llevar hasta sus últimas fructíferas consecuencias el petróleo.

Utilísima ha sido la aplicación del vapor y la electricidad, no lo negamos, pero son unas simples fruslerías si se las compara con la importancia radicalmente regeneradora del aceite mineral.

Todas las brillantes teorías desarrolladas en libros y periódicos; todos los sistemas expuestos en los clubs socialistas no pasarían de utopías irrealizables sin el poderoso agente incendiario, que todo lo arrasa y hasta lo tiñe del mismo sombrío color.

Esto matará á aquello, dijo Víctor Hugo, y efectivamente, la imprenta mató la arquitectura hasta que, desarrollándose el espíritu frívolo y superficial de la generación moderna, el periódico mate á su vez al libro: pues bien, el petróleo matará esto, *aquello y todo*; la idea escrita y la idea edificada, la materia y el espíritu.

Seis días necesitó Dios para hacer el mundo, y tuvo que descansar. Seis horas le bastan á un internacionalista para

destruirle. Cuarenta días fueron menester para acabar con el género humano que, con ayuda del petróleo, se achicharraría en cuarenta minutos.

Bajo este punto de vista, preciso es confesar que el Creador es inferior á la criatura, que la Providencia tiene mucho que aprender de *La Internacional*.

Paso, pues, al petróleo, ó como si dijéramos, á la justicia internacional.

JUAN CUALQUIERA.

SARTENAZOS.

No sé si ustedes habrán observado los cuadros de costumbres que tienen lugar en el peristilo del teatro de Tacon á la salida, despues de terminada la ópera.

Los que tienen carruaje elegante, arreos nuevos, cochero flamante &c. se están media hora haciendo saludos y despidiéndose para dar tiempo á que el público admire su propiedad.

Aquellos á quienes el estado de la atmósfera pecuniaria no les permite mas que arreos de medio pelo y carruaje *idem*, se zampan como un relámpago dentro del coche y les falta tiempo para gritar al cochero:—Pica, pica, José!

Juan Particular se calla hoy como un muerto.

Solamente se ha puesto en escena una ópera nueva durante esta semana, y el autor de las *Cartas teatrales*, quiere verla por segunda vez para decir su opinión.

Conque, chitito la boca todo el mundo y aguardar.

Un guagiro que fué á confesarse dijo á un amigo suyo:

—No he pasado mal susto! Figúrate que me ha preguntado el padre si había robado algun lechón.

—Y qué le has dicho?

—Tomal la verdad, que nó. Pero si se le ocurre preguntarme si había robado algun chivo, me coje en el garlito.

A los suscritores que les falte algun número del año pasado, deben pedirlo oportunamente si no quieren tener truncada la coleccion, pues muy pronto se vá á proceder á la encuadernación de los pocos tomos que sobaron del citado año.

El otro día me contaba una polla en el Parque:

—He aprendido gimnasia, equitacion y sé tirar á la pistola.... en fin, sé todo lo mas indispensable para una señorita del siglo XIX.

Lo que mas me ha gustado siempre es la pistola. Hace poco estaba yo tirando á una figurita de yeso y el calesero se había puesto cerca del blanco para admirar mi buen pulso.

—Y dió V. en el blanco, señorita?

—No, señor; en el negro.

Desde el presente número se venderán en los pasillos interiores de los teatros de Tacon y Albu, las noches de funcion, ejemplares de JUAN PALOMO al escandaloso precio de 25 centavos, complaciendo así, ya que se nos pide, los deseos de algunas *damas y diletantes* que no saben en que distraer honesta y alegremente las pesadas horas de los entreactos.

Al que tuviera el estrafalario gusto de leerlo de *gorra*, pidiéndoselo al vecino, le deseamos.... poca cosa, un resfriado de *órdago* á la salida del teatro.

Un zapatero y su esposa se encuentran solos en la sala de su casa y entra un dependiente.

—Qué quieres? le pregunta el maestro.

—Ahí le busca á V. un señor, responde el muchacho.

—Quién?

—Un comerciante en *cueros*.

—Dile que pase.

—Pero, hombre, esclama la zapatera alejándose ruborizada, espera siquiera á que yo me retire.

Con el presente número repartimos á nuestros suscritores el prospecto de *El Cascabel y Los Niños*, periódicos madrileños sumamente curiosos é interesantes, dirigidos por D. Carlos Frontaura, de cuyo claro ingenio tiene ya el público notorias muestras.

Se recomiendan tambien por su estremada baratura: \$6.37 el primero y \$5 el segundo, al año, con opcion á un precioso Almanaque.

EXAMEN DE GEOGRAFIA.

El profesor.—¿Dónde está situado el cabo de San Antonio?

El examinando.—Donde ha estado siempre.

El General Crespo regresa á la Península en el correo del 15 de este mes.

Aunque se ausente de esta isla, sus amigos no olvidarán nunca que es un cumplido caballero y un honrado militar, cuya finura y afable trato han sido reconocidos por todos. Muchas prosperidades le desea JUAN PALOMO.

El único medio de que los hombres no han podido todavía echar mano para salir de apuros es el medio-día.

En un periódico habanero leemos el siguiente anuncio:
 "Doña Wilhelmine Hatzel, partera recibida en las mejores Universidades de Alemania, etc., se ofrece al público en general."

Felicitemos á doña Wilhelmine y nos acordaremos de ella cuando estemos próximos á salir de cuenta.

Don Manuel Hiraldez de Acosta, aquel famoso *Maestro Triquinuelas*, que ustedes, de fijo, no habrán olvidado si leyeron la famosa *Charanga*, es, desde la fecha, corresponsal en Madrid de JUAN PALOMO.

Y digan ustedes que no se corre este periódico en el propósito de adquirir colaboradores de legítima reputación y chispeante ingenio, como el Sr. Hiraldez, cuyo nombre seguirá honrando cada quince días las columnas de JUAN PALOMO.

En la notabilísima ejecución de la *Lucía* también le tocó su cacho de ovación á Pietriboni.

Debería estar conmovido.

Una niña encantadora lo miraba enternecida y me decía con acento seductor:

—A ese cantante le vendrían mejor que los aplausos unas pantorrillas postizas.

¡Que se las echen!

El Presidente de los Estados Unidos ha invitado á tres jefes indios á que vayan á Washington para conferenciar con él.

Sin que nadie las invitase, se presentaron á Mr. Grant doña Emilia y tres compinches suyas.

Hasta los indios reciben más distinciones del Presidente que los laborantes.

Cuentan que el jefe del estado yankee les dijo á los indios:
 —Ya veis en qué conflicto me ponen estas mujeres: ¿qué haríais vosotros?

—Nos las comeríamos, contestaron impasibles.

Conviene advertir que entre aquellos indios no se conoce el asco, ni les disgusta la carne dura, ni temen á las indigestiones.

Entre las novedades que vamos á introducir en nuestro periódico, se cuenta un *abecedario culinario*, cuya primer letra estrenamos hoy en la menestra semanal. En los números sucesivos irá la continuación, que estamos seguros ha de agradar á nuestros suscritores, como que la sal y pimienta de estos dibujos es debida al sabroso lápiz de Landaluze.

—Papaíto, cómprame un nacimiento como el que le regaló Gascon á sus niños.

—¿Te parece que me ha costado poco el tuyo?

Con gran solemnidad tuvo efecto el día de año nuevo en la iglesia de Guanabacoa la distribución de premios á los alumnos de los institutos de enseñanza de aquella villa, su jurisdicción y Regla.

El señor teniente gobernador pronunció un sentido y elocuente discurso, que fué muy celebrado por todos los concurrentes.

Durante el reparto de los premios se cantó un bellissimo himno, tocando una banda militar piezas escogidas.

También hicieron uso de la palabra los señores Ferrer, Corona, Cura párroco y el señor Dean.

El acto estuvo brillantísimo, y sirvió para poner de manifiesto el estado lisongero de la instrucción pública en aquella jurisdicción, el cual se debe á los esfuerzos de su digno ilustrado teniente gobernador, señor Campos y Santos.

Hoy comenzamos á publicar las caricaturas ofrecidas en la última plana y que alternarán con los geroglíficos que dedicamos á la gente lista.

Nuestros lectores pueden tener la seguridad de que haremos todo lo posible para que JUAN PALOMO merezca el favor extraordinario que el público le dispensa, procurando hacer su lectura cada vez más amena y provechosa.

¡OH TEMPORA....!

Si en una tez de azucena

teñía el rubor colores,

decían nuestros mayores:

—¡Se ruboriza! ¡qué buena!!

Hoy, si acaso se desliza

una palabra insolente,

dicen de alguna inocente:

—¡Qué tonta! ¡Se ruboriza!

El día primero tomaron posesión los nuevos concejales del municipio.

El acto tuvo lugar en el salón de sesiones del Ayuntamiento.

¡No me gusta que haya sido allí! Hubiera preferido que se celebrase en cualquier calle de la Habana: en la del Trocadero, en la calzada de Belascoain, en cualquiera.

Seguramente que á la vista de los baches y precipicios se acababa la sesión llorando todos los señores concejales.

Valía la pena de llorar!

Llore usted, vecino, llore usted para cuando se rompa de un porrazo una pierna ó dos, ó..... nó; basta con las dos primeras.

Hoy no hay novela, porque no hay novela.

Con la inauguración del ferro-carril Central, se le fué el santo al cielo á Juan Sin-Tierra y no nos ha enviado desde Cienfuegos la consabida ración de los cuentos de manigua.

Saldrá el domingo próximo.

ADVERTENCIAS.

JUAN PALOMO, que principia con el presente número su tercer tomo de publicación, regala á sus ANTIGUOS ABONADOS, que lo hayan sido hasta el 31 de Diciembre del año pasado, lo siguiente:

1º El ALMANAQUE DE JUAN PALOMO cómico, político y literario para 1872, con infinidad de caricaturas y reactualizado por los más notables escritores de Cuba y la Península.

2º A los que renueven su abono por tres meses, un libro nuevo y de mérito, ó una lámina, vista, plano, colección de escudos de la Isla ó la Península, retratos ó alegorías, en fin, una prima ad-hoc, de actualidad, que se anunciará oportunamente. Este regalo se repartirá á la terminación de cada trimestre.

3º Los suscritores antiguos que renueven y paguen al contado el importe de todo el año 1872, además de la prima trimestral y el ALMANAQUE, le regalaremos una, á elegir, de las seis obras siguientes, todas de materia ó asunto de interés y de autores célebres:

—CINCO SEMANAS EN GLOBO, viajes y descubrimientos en Africa por tres ingleses, redactados según las notas del doctor Fergusson y traducidos al español.

—LA MEJOR VICTORIA, leyenda de unas montañas, por F. Karanach, traducida del inglés por Calderón de la Barca, ministro que fué de Estado.

—CONSEJOS A LAS MADRES sobre el modo de criar á los niños, escritos en francés por el célebre doctor Mr. Donné, traducidos de la 5ª edición.

—LA PIEDRA FILOSOFAL, historia de un doctor que ha resuelto el problema de vivir sin comer, por F. Obleman (Julio Nombela).

—UN HABITANTE DEL PLANETA MARTE, cartas sobre cuestiones filosóficas y científicas muy controvertidas en la actualidad, por Enrique de Parvill.

—LA SOMBRA DEL GATO y LA NOVIA DE LA FANTASMA, dos novelistas interesantes del célebre don Manuel Fernandez y Gonzalez.

Las ediciones de todas estas obras son modernas; contiene cada una de 250 á 300 páginas, en 4º menor, en buen papel y esmerada impresión.

Los que se suscriban nuevamente, ó sea desde 1º de Enero de 1872, tendrán derecho:

1º A la prima trimestral antes referida, si se abonan por tres meses.

2º A esta y el ALMANAQUE, si por seis meses.

3º A los dos regalos anteriores y el primer tomo de la FLORESTA HISPANO-AMERICANA (primorosa colección de dibujos) correspondiente á 1869, si adelanten el importe de todo el año 1872.

Ahora juzguen ustedes, mediten y se convencerán de que con las primas que reciben los suscritores, viene á salir casi de valde un periódico como JUAN PALOMO.

Establecimiento tipográfico de "La Propaganda Literaria"



LOS ENAMORADOS.—El novio declarado, consentido, convicto, confeso y condenado ya á cadena perpétua.